Claroscuro (2026) 25 (2): 1-5
Facultad de Humanidades y Artes
Universidad Nacional de Rosario
Argentina

e-ISSN:2314-0542
https://doi.org/10.35305/cl.vi25.208
https://claroscuro.unr.edu.ar

Porter, Benjamin W. (2025) *Against Moab. Interrogating the Archaeology of Iron Age Jordan*. Elements in the Archaeology of Ancient Israel. Cambridge: Cambridge University Press, 98 páginas. ISBNs: 9781009547840 (Hardback), 9781009334945 (Paperback), 9781009334952 (OC) ISSNs: 2754-3013 (online), 2754-3005 (print)

Perla Silvana Rodríguez*

El libro de Benjamin W. Porter revisa, desde un enfoque explícitamente crítico, los modos en que la arqueología ha construido a Moab como objeto histórico. Desde las primeras páginas, el autor inscribe el problema en una tradición interpretativa de larga duración: Moab fue pensado como "lugar", "pueblo" y "reino" en distintos momentos del segundo y del primer milenio antes de nuestra era, pero su estudio quedó condicionado tanto por su vecindad con Israel como por el peso de narrativas heredadas que tendieron a colmar las lagunas documentales con certezas retrospectivas. De allí parte la hipótesis central del volumen: aunque el corpus reunido tras siglo y medio de investigaciones en la actual Jordania centro-occidental es considerable, presenta vacíos sustantivos que obligan a matizar, y en ocasiones, a replantear los intentos de reconstruir una historia política, económica y social lineal de Moab.

Lejos de funcionar como una mera cláusula de cautela, esa advertencia organiza el libro de principio a fin. Ya en la introducción, Porter abre con un pasaje de Milton en el que Kemosh y los "hijos de Moab" aparecen integrados a una geografía moralizada y a un repertorio de topónimos que remiten a la Biblia y a su posterior recepción cultural. El gesto no es ornamental: muestra, más bien, cómo el nombre "Moab" llega cargado de asociaciones

* Universidad Nacional de Salta - Universidad Nacional de Jujuy - Universidad Católica de Salta, Argentina.
E-mail: rodriguezperla@hum.unsa.edu.ar

Esta obra está bajo licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional
http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/

previas y cómo esas capas de sentido pueden seguir operando como marcos interpretativos incluso allí donde la investigación pretende apoyarse sólo en la evidencia empírica. En ese punto, el título mismo del volumen cobra densidad, porque el "contra" no se dirige a una sociedad antigua, sino a una manera de producirla como unidad coherente y continua a partir de evidencias desiguales.

El texto se organiza en ocho capítulos, seguidos de una conclusión y un apartado bibliográfico. Su recorrido combina una discusión regional y ambiental en los dos primeros capítulos, un examen del peso de los relatos bíblicos en la práctica arqueológica en el tercero, una focalización en la estela de Mesha como pieza central de la memoria política moabita en el cuarto, un balance crítico sobre la localización y la cronología del "reino" en el quinto, una reflexión sobre religión y evidencia material más allá de la centralidad de Kemosh en el sexto, y, finalmente, un cierre dedicado a la relación con el imperialismo asirio y al problema del "fin'' de Moab en los capítulos séptimo y octavo.

Uno de los aportes más sólidos del libro reside en el cuidado con el que delimita su escenario de análisis. Al abordar el paisaje de la Jordania centro-occidental, Porter describe la diversidad interna del área y subraya la necesidad de pensar la articulación entre regiones (wadi al-Mujib, meseta de Karak, meseta de Dhiban, llanuras de Madaba) para evitar equivalencias mecánicas entre "Moab'' y una geografía fija. Desde allí se vuelve más comprensible una de sus decisiones metodológicas fundamentales: no comenzar por la pregunta "qué dice la Biblia'' para después buscar correlatos, sino interrogar qué permite sostener la evidencia arqueológica y qué clase de historia admite ser construida a partir de ella.

En esa misma dirección, el segundo capítulo examina la sociedad y la subsistencia a lo largo del segundo milenio antes de nuestra era, atendiendo a procesos de movilidad, cambios en los patrones de asentamiento y dinámicas de frontera. Resulta especialmente valioso el modo en que Porter vincula estos procesos con transformaciones de escala: el desplazamiento de hogares hacia zonas de frontera y la emergencia de nuevos asentamientos aparecen asociados a factores de atracción y expulsión que no pueden reducirse a un único motor, ya sea ambiental o político. Así, los capítulos iniciales desplazan la discusión del "reino'' como punto de partida y permiten reconstruir, con mayor prudencia, sus condiciones de posibilidad: ecologías, prácticas de asentamiento y formas de integración regional.

El capítulo 3, "Searching for Sihon, Seeking Balak and Eglon'', constituye, en este marco, uno de los núcleos más significativos para quienes

trabajan en la historia de la disciplina. Porter recupera el lugar que ocuparon ciertas figuras bíblicas en la agenda arqueológica y muestra con claridad cómo la expectativa de confirmación histórica condujo, una y otra vez, a interpretaciones forzadas o a decepciones repetidas. La observación es particularmente aguda porque permite advertir hasta qué punto la búsqueda estuvo guiada por un guión previo. De ese modo, el capítulo funciona a la vez como crítica a una arqueología "probatoria'' y como invitación a pensar el estatuto historiográfico de las ausencias: la falta de evidencia no autoriza por sí sola una narrativa alternativa plena, pero sí obliga a revisar las preguntas.

El capítulo 4 se concentra en la estela de Mesha, cuyo valor para la historia moabita es difícil de exagerar. Porter la presenta como un texto que ofrece un relato de conquista, construcción y restitución territorial en el que Kemosh y el rey se articulan dentro de una visión política de Moab. Sin embargo, el análisis no se agota en la descripción de la fuente: el autor muestra también cómo esa "visión'' opera como un programa de legitimación y cómo la estela se convirtió en una pieza clave para anclar cronologías y territorialidades que, en el registro arqueológico, resultan más difíciles de sostener con la misma nitidez. Allí se advierte una de las virtudes mayores del libro: no desestima las fuentes textuales, pero tampoco les permite sustituir la discusión sobre la materialidad ni sobre la variabilidad regional de los datos.

Esa cautela se vuelve decisiva en el capítulo 5, dedicado a "localizar'' el reino de Moab. Allí Porter revisa críticamente interpretaciones influyentes que, desde los trabajos de Nelson Glueck, tendieron a identificar en el paisaje una red de asentamientos jerárquicamente organizada como evidencia directa de un reino temprano. Frente a ese modelo, sostiene que la evidencia no permite argumentar con firmeza la existencia de un reino territorial en Moab desde fines del siglo XII hasta mediados del siglo X antes de nuestra era y propone, en cambio, un marco más acotado para pensar los desarrollos políticos, situando transformaciones relevantes entre fines del siglo X y ca. 850 antes de nuestra era. Esta reubicación cronológica, sustentada en un balance de datos de prospección y excavación, obliga a reconsiderar la relación entre "Moab'' y las narrativas regionales del Levante meridional, porque desplaza el foco desde una entidad estatal temprana hacia procesos más graduales y contingentes.

En el capítulo 6, "Beyond the Kemosh Cult'', Porter aborda un problema recurrente en la historiografía: la tendencia a reducir la religión moabita a la figura de Kemosh, sobre todo por el lugar que ocupa en la estela de Mesha y en tradiciones textuales posteriores. Su propuesta avanza en un doble

movimiento: por un lado, reconstruye lo que puede inferirse de un marco teológico que no fue monolítico; por otro, reconoce que la evidencia material disponible dificulta identificar prácticas de culto concretas con seguridad. Precisamente por eso, este tramo del libro resulta especialmente convincente: no recurre a tipologías cerradas de santuarios ni extrapola de manera lineal desde un texto excepcional hacia la vida cotidiana, sino que sostiene una discusión atenta a los límites de la interpretación.

Los capítulos 7 y 8 amplían el análisis hacia la relación con el poder imperial asirio y hacia la pregunta por el "fin'' de Moab. En ese pasaje, Porter deja claro que los cambios políticos y económicos del primer milenio antes de nuestra era no pueden pensarse al margen de dinámicas imperiales que reconfiguraron circuitos de tributación, movilidad y jerarquización regional. Por eso mismo, hablar del "declive'' moabita no remite tanto a una caída abrupta como a una transformación en el modo en que la región se integró en sistemas mayores. De manera coherente con el resto del libro, la pregunta final no clausura el problema, sino que insiste en distinguir entre desaparición política, persistencias locales y reconfiguraciones identitarias.

En términos de escritura y de construcción argumental, *Against Moab* combina síntesis y densidad crítica con notable eficacia. Aunque el formato de la serie *Elements* tiende a la concisión, Porter no renuncia a la discusión historiográfica; por el contrario, la concentra en puntos estratégicos y consigue que cada capítulo avance una idea precisa sobre cómo se produjo el conocimiento disponible y qué supuestos lo sostuvieron. En ese sentido, el libro resulta útil no solo para especialistas del Levante meridional, sino también para quienes se interesan por problemas de método: el estatuto de las ausencias, el papel de las narrativas bíblicas en la formulación de agendas de campo y los riesgos de proyectar categorías estatales sobre evidencias fragmentarias.

Otra fortaleza del volumen radica en su equilibrio entre crítica y propuesta. Porter no se limita a señalar los problemas de la tradición precedente, sino que ofrece una vía de salida que podría resumirse en dos gestos. El primero consiste en desplazar la pregunta desde "dónde estuvo el reino'' hacia "qué procesos regionales permiten hablar, con cautela, de formas de integración política en momentos concretos''. El segundo pasa por asumir que la historia de Moab no puede escribirse como una continuidad plena y que reconocer esa discontinuidad no empobrece el conocimiento, sino que lo vuelve más verosímil. Como toda intervención deliberadamente crítica, el libro abre también tensiones productivas: su insistencia, fundada, en los límites de la evidencia puede dejar al lector con la sensación de que

la única posición segura es la suspensión del juicio. Sin embargo, ese efecto parece formar parte del propósito del autor, que busca reordenar el umbral de lo decible. En un campo donde "Moab'' ha funcionado con frecuencia como categoría heredada y como adversario familiar en una historia escrita desde el oeste del Jordán, este volumen propone una práctica distinta: escribir menos para afirmar más y afirmar solo allí donde los datos lo permiten.

En síntesis, *Against Moab* ofrece una revisión necesaria sobre la arqueología de la Jordania centro-occidental durante la Edad del Hierro, y lo hace sin caer en dos extremos frecuentes: ni reemplaza un relato tradicional por otro igualmente cerrado, ni se refugia en una indeterminación vacía. Su contribución principal reside, precisamente, en la combinación de balance crítico y precisión metodológica, que obliga a repensar cronologías, categorías y expectativas. Para quienes enseñamos y estudiamos el mundo antiguo, el libro funciona también como un recordatorio fértil: no toda pregunta es arqueológicamente traducible y no toda tradición interpretativa merece ser heredada sin examen.